

La desobediencia es el mal de nuestro tiempo. Se desobedece con más o menos buena fe, pero el mal existe y avanza.

Una de las manifestaciones más características de este espíritu de desobediencia, es la de pretender enseñar y dogmatizar, dentro de un campo doctrinal que sólo pertenece al magisterio de la Iglesia, fundándose los nuevos maestros y santones de este movimiento, en una pretendida madurez teológica que les autoriza a convertirse en rectores del pensamiento dogmático y religioso de los fieles.

Se enseña con falsa autoridad doctrinal y

«Sacra Virginitas»

En materia tan delicada y de tan perenne actualidad como es la virginidad y castidad perfecta, la encíclica «Sacra Virginitas», de 25 de marzo de 1954, ha expuesto, con luminosa precisión y paternal energía, la verdad católica en oposición a los que «de tal manera exaltan el matrimonio, que llegan a anteponerlo prácticamente a la virginidad, y por consiguiente, a menospreciar la castidad consagrada a Dios y el celibato eclesial».

Una vez más, la Iglesia ha ratificado la

Carta de la Virginidad

no precisamente lo que la Iglesia propone, define o defiende.

¿Madurez teológica o rebelión abierta? Ahí queda señalado el peligro.

«Uno solo es vuestro Maestro»

Contra estas desviaciones ideológicas y disciplinares, nacidas del espíritu de independencia que llena la vida de nuestro siglo, la autoridad infalible del Vicario de Cristo ha atacado el mal, repetidas veces, por medio de encíclicas doctrinales en las que el Papa expone las enseñanzas de la Iglesia sobre determinada materia, y refuta las falsas doctrinas, señalando, después, las consecuencias prácticas para mejor conservar el tesoro de la fe.

Las encíclicas pontificias son, además de documentos doctrinales de incalculable trascendencia, un llamamiento a la exaltación de los valores del espíritu sobre la materia; llamamiento que trae la hora difícil de un mundo rendido a todas las conquistas del materialismo, los ecos jubilosos y esperanzadores del «*sursum corda!*» de la liturgia.

preeminencia de la virginidad sobre el matrimonio, definida por el Concilio de Trento frente a la ofensiva de Lutero contra la virginidad y el celibato.

1. Declaraciones positivas

El Romano Pontífice deriva de la Sagrada Escritura y de la tradición dogmática los elementos constitutivos de la virginidad cristiana.

Elementos de la virginidad

Abstención de los deleites carnales, aun los lícitos del matrimonio, tan absoluta como la de los que tienen verdadera inhabilidad corporal para casarse: «no todos son capaces de comprender esta palabra, sino sólo aquellos a quienes se les ha concedido; porque algunos son inhábiles para el matrimonio por defecto físico de nacimiento, otros por violencia y malicia de los hombres, otros, en cambio, se abstienen de él espontáneamente y de propia voluntad, por amor del reino de los cielos» (Mt 19 11-12). Es el primer elemento.

No basta. Esa abstención ha de ser perpetua y su plenitud y perfección se obtiene por el voto, perpetuo también, de castidad. Comenta el Pontífice: «al comparar a los que renuncian espontáneamente al matrimonio con los que se ven obligados a tal renuncia o por naturaleza o por la violencia de los hombres ¿no es verdad que el divino Redentor nos enseña que la castidad, para ser perfecta, tiene que ser perpetua?».

El tercer elemento, la forma, por así decirlo, que constituye a los dos anteriores en virtud cristiana, es su motivo sobrenatural: «por el reino de los cielos». No es, pues, virginidad cristiana el renunciar al matrimonio por otros motivos que no sean los de una mayor perfección en la virtud, por el reino de Dios, por imitar al supremo modelo humano, Cristo virgen. Si naciera del egoísmo o por eludir las cargas que el matrimonio impone, o tal vez para jactarse farisaicamente de la propia integridad corporal, no sería virginidad cristiana. Es su finalidad sobrenatural, su consagración a Dios, a Cristo y a su reino, lo que, propiedad específica de la virginidad cristiana, la hace digna del honor y alabanza tributados en la Iglesia a cuantos se abrazan con el estado de perfecta castidad. Es una entrega a Dios y a Cristo tan absoluta, que con razón la Iglesia compara esa unión con la matrimonial, y toma de ésta símbolos, nombres, expresiones íntimas, para designar el vínculo con Dios de la perfecta castidad.

Virginidad y perfección

Tres elementos constitutivos y triple secreto vínculo que une la virginidad con la perfección cristiana, con el primero y supremo de los mandamientos: el amor a Dios. Nos hace perfectos imitadores de Cristo virgen. Nos facilita el don completo de nosotros mismos a Cristo, a su servicio, a las almas, al alejarnos del matrimonio, en el que hay que dividir el corazón para entregar parte de la actividad afectiva a Dios y parte a la esposa y a los hijos. Después de citar el conocido texto paulino «yo deseo que vivais sin cuidados ni inquietudes..., mas el que tiene mujer vive afanado en las cosas del

mundo, y en cómo ha de agradar a la mujer y se halla dividido» (1 Cor 7^{32 s}), concluye la Encíclica: «fácilmente se comprende por qué los que desean consagrarse al divino servicio abrazan la vida de virginidad como una liberación para más plenamente servir a Dios y contribuir con todas sus fuerzas al bien de los prójimos». Finalmente nos eleva en el plano espiritual, pues «no hay duda, dice el Pontífice, que el placer carnal, legítimo en el matrimonio, no es en sí mismo reprobable, más aún, el uso casto del matrimonio ha sido ennoblecido y consagrado con un sacramento especial. Pero con todo, afirma el Doctor Angélico, el uso del matrimonio impide que el alma se emplee totalmente en el servicio de Dios».

Esta entrega a las cosas divinas, al bien del alma, mientras que el matrimonio se ordena al bien del cuerpo, es decir, a la multiplicación del género humano, es la razón de la mayor estima en que las fuentes de la revelación, y consiguientemente la Iglesia, han tenido siempre a la virginidad sobre el matrimonio.

Valores sociales

Frutos espléndidos de la virginidad y de la castidad perfecta son: la caridad apostólica que se inmola por el prójimo, la propia santificación, la glorificación de Dios — hechos evidentes en la historia, enseñanza de todos los días — y el rotundo testimonio de fe rendido a la santidad y pureza de la Iglesia rubricado con la exuberante floración de incontables palmas de martirio.

Finalmente, Su Santidad encuentra en la prodigiosa fecundidad de la virginidad el «motivo de mayor gozo» para la sociedad fundada por Jesucristo.

II. Falsas doctrinas

La excelencia de la virginidad y del celibato sobre el matrimonio es doctrina clara de Cristo (Mt 19^{10 ss}) y de San Pablo (1 Cor 7³⁸), declarada verdad de fe por el Concilio Tridentino y, como tal, mantenida por el magisterio ordinario de la Iglesia.

Ahora bien, contra estas enseñanzas de la Esposa de Cristo, circula en nuestro tiempo errores «encubiertos bajo apariencias de verdad», esparcidos aun entre las personas piadosas, entre los sacerdotes y religiosos. Pío XII los expone objetivamente y los rechaza con claridad y energía, comenzando por los más groseros y terminando por los más sutiles.

1.º Virginidad y sexualidad

Frecuentemente se afirma que el instinto sexual es la tendencia mayor de la naturaleza humana. Colocando el instinto sexual al frente de todas las tendencias, se pretende «deducir de ahí que el hombre no puede cohibir durante toda su vida este apetito sin exponerse al grave peligro de perturbar las energías vitales de su cuerpo, y principalmente los nervios, y de dañar el equilibrio de su personalidad».

Evidentemente que el instinto sexual es un factor humano importantísimo. Pero la Iglesia, de acuerdo con el común sentir de las personas honradas, no piensa así. «La tendencia más profunda en nosotros es la que mira a la conservación propia; la inclinación que brota de las potencias sexuales ocupa el segundo lugar. Además a la iniciativa y dirección de la razón humana, que es privilegio singular de nuestra naturaleza, pertenece regular esta clase de estímulos e instintos íntimos y ennoblecerlos con su acertada dirección».

Que existe en nuestras potencias corporales un desorden pasional procedente del primer pecado es verdad. Pero la gracia de Jesucristo se nos da, en los sacramentos principalmente, para que, viviendo la vida del espíritu, reduzcamos el cuerpo a servidumbre. Sentiremos el aguijón de la concupiscencia, pero la sujetaremos a la recta razón y a la ley de la gracia, tendiendo denodadamente a lo que es más noble en la vida humana y cristiana.

Es evidente que «para alcanzar este imperio no basta abstenerse tan solo de los actos directamente contrarios a la castidad, sino que es necesario en absoluto renunciar gustosa y generosamente a todo lo que pueda

ser más o menos remotamente adverso a esta virtud... ¿Quién hay, pues, entre los que admiten los principios de la religión católica, que no vea que la castidad perfecta y la virginidad, lejos de oponerse al crecimiento natural y al natural desarrollo del hombre o de la mujer, lo acrecienta en sumo grado?».

Urge, pues, deshacer la leyenda de la irresistibilidad del instinto sexual. Es la justificación cómoda y falsa de una voluntad débil, que prefiere rendir sus armas a la fuerza del instinto, antes que presentarle combate.

2.º El matrimonio es sacramento, la virginidad no

Fácilmente, por su solo anunciado, quienes no han penetrado por el campo de la teología, pueden dar por bueno el sofisma de que el matrimonio, como sacramento, une más eficazmente a las almas con Dios que la virginidad.

El Papa denuncia esta doctrina como «falsa y engañosa». El sacramento da gracia divina para cumplir santamente los deberes conyugales y estrecha los lazos del amor, pero el uso del matrimonio no es lo más apto para unir con Dios. El más fuerte vínculo de unión con Dios es el de la caridad teológica, y para lograrla ningún medio más eficaz que la plena libertad de corazón alcanzada por la virginidad. Precisamente San Pablo reconoce a los cónyuges el derecho de abstenerse temporalmente del uso del matrimonio para darse a la oración y a la unión con Dios (1 Cor 7⁵).

3.º La «ayuda mutua» más perfecta que la «soledad del corazón»

Igualmente es falsa la opinión de los que aseguran que la ayuda mutua en el matrimonio es un medio más perfecto de santificación que la soledad del corazón. «Los vírgenes reciben de Dios un auxilio espiritual que sobrepasa con creces la «ayuda mutua» que los esposos recíprocamente se procuran. Consagrándose totalmente al que es su principio y les comunica su vida divina, no se empequeñecen, sino que sumamente se er-

grandecen. ¿Quién puede con más verdad que cuantos son vírgenes apropiarse aquel dicho del Apóstol San Pablo: «Y ya no vivo yo, es Cristo quien vive en mí»?

4.º La Iglesia precisa más de casados que de sacerdotes

La palabras del Papa revisten especial gravedad al refutar a quienes afirman que la Iglesia necesita más de casados que de sacerdotes: «...como lo exige la conciencia de nuestro deber, no podemos menos de condenar en absoluto a todos los que trabajen por apartar a los jóvenes del ingreso en el seminario o en las órdenes y congregaciones religiosas y de la emisión de los santos votos, y les den a entender que, siendo padres o madres de familia y profesando públicamente a la vista de todos una vida cristiana podrán lograr un fruto espiritual mayor».

5.º ¿Segrega la castidad de la sociedad?

Tampoco es cierta la afirmación de que la castidad separa de la comunidad humana. Las almas consagradas a Dios por la castidad perfecta, se proyectan fuera de los estrechos límites de la sociedad familiar y aun nacional, y unen sus vidas y sus destinos a los seres más necesitados en el cuerpo y en el espíritu, escribiendo con su abnegación páginas de grandes y pequeños heroísmos, desapercibidos las más de las veces por la misma sociedad humana a la que sirven.

III. Consecuencias prácticas

La admirable exposición de la verdad católica sobre la virginidad, y la vigorosa refutación de los errores sobre esta materia, llevan a una serie de consecuencias esencialmente prácticas.

La virginidad no es necesaria para la perfección «... como lo atestiguan los numerosos santos y santas... que fueron fieles esposos, y... excelentes padres o madres de familia». Ni se impone a todos los cristianos, sino que se propone como medio capaz de conducir con mayor seguridad y facilidad

para alcanzar la perfección evangélica y el reino de los cielos.

Exige, pues, un desearla libremente, y que Dios la conceda. Repite aquí la encíclica las mismas palabras del Salvador: «No todos son capaces de esta resolución, sino aquellos a quien es se les ha concedido... El que sea capaz de tal doctrina, que la siga» (Mt. 19¹¹⁻¹²). Un examen sincero y objetivo de las dificultades concretas que para el pretendiente ofrece la castidad perfecta y de las fuerzas espirituales del mismo, son los requisitos de una buena elección.

Es virtud tan difícil que exige una crucifixión total de los movimientos y tendencias del cuerpo y del corazón. Antes de abrazarse con una virginidad que ha de ser mantenida a costa de frecuentes sacrificios, es preciso oír a los que tienen una gracia especial de Dios, en virtud del ministerio sacerdotal, para aconsejar a las almas que anhelan la perfección de una virginidad puesta al servicio del Señor.

Con todo, la virginidad no es imposible para «todos los que siguiendo la invitación de Jesucristo y después de diligente consideración, respondan con ánimo generoso y hagan cuanto está en su mano por conseguirla. Porque... recibirán gracia del Señor, y con su ayuda podrán poner en práctica su propósito».

6.º Salvaguardias de la virginidad

Entre los medios para salvaguardar esta virtud, el Papa indica una vigilancia y mortificación constante, sin indulgencias, sobre las tendencias de la carne, y un huir del peligro para no ser vencido. Condena el Padre Santo a los que proponen como el medio más eficaz «afrentar el riesgo» para poner a prueba la castidad, sobre todo en los clérigos jóvenes, y cita un texto de la Escritura, tantas veces avalado por la experiencia, que ha tomado carta de naturaleza en nuestro refranero popular: «El que ama el peligro en él perecerá» (Eccli 3²⁷).

No bastan los medios humanos de defensa en la lucha contra el instinto; se requieren también otros medios sobrenaturales: oración a Dios, frecuencia de los sacramentos

de la penitencia y de la Eucaristía, y «una sólida y ardiente devoción a la Virgen Madre de Dios».

IV. Supremacía del espíritu

El gran corazón de Pío XII, dolorido «al ver que en no pocos países disminuye cada día más el número de los que, llamados por la voz divina, abrazan el estado de virginidad», exhorta a los educadores y directores espirituales para que ayuden a sus dirigidos a alcanzar «esa meta sublime», y se dirige también a los padres y madres de familia invitándoles a ofrendar gustosos sus hijos al servicio divino.

No podía faltar el recuerdo emocionado del Padre común a sus hijos que sufren persecución: «Nuestro corazón paterno —dice el Papa— se llena de compasión hacia esos sacerdotes, religiosos y vírgenes consagradas que confiesan valerosamente su fe hasta el mismo martirio».

«Sacra Virginitas» pasa a la historia de los grandes documentos doctrinales pontificios, como un testimonio vigoroso de la indiscutible supremacía del espíritu sobre la materia. Sus enseñanzas tienen la impronta del Espíritu Santo. No puede, pues, quedar lugar a ideas erróneas y deformaciones doctrinales nacidas del confusionismo sembrado por lamentables desviaciones de inteligencias más o menos rectoras del pensamiento moderno.

Una etiología del mal que al principio señalábamos, revestiría particular interés para perfilar la tisonomía total ideológica de la época que nos ha tocado vivir. Con la serena visión del hombre y su circunstancia, que da la posesión de la verdad, pudiera anticiparse el diagnóstico: los hombres sufren una crisis aguda de humildad y de caridad, tal vez porque están tibios en el amor, en la fe y en la esperanza, los tres soplos vivificantes del Espíritu de Dios.

José M.^a de la Peña S. I.

